

EL FENÓMENO

—Vamos, ¿te decides á que pongamos mi proyecto en planta?

—No sé qué te diga... Puede costarnos cara la broma.

—No lo creas... Al contrario, nos valdrá buen dinero. Sacamos en un santiamén treinta ó cuarenta duros, que nos vienen de perillas para pasar estos días de antruido alegremente.

—Mira que si se llega á descubrir, se va á levantar contra nosotros una polvoreda terrible; y después de habernos pasado el invierno estudiando sin levantar cabeza, sería una triste gracia perder el curso, y la carrera acaso.

—No temas: nadie se enterará, nadie sabrá nada; lo tengo todo bien pensado. Exhibimos el fenómeno mañana mismo, nos cogemos callandicamente el dinero de las entradas, y por la noche hacemos una gorda para celebrar el *Domingo gordo*.

—Pero ¿y el fenómeno, quién nos le proporciona?

—Por eso no te apures: ya tengo la cosa convenida con un traficante, que por una modesta gratificación nos le deja.

—¿Y cómo anunciamos la exhibición al público para que acuda á presenciárla?

—Por carteles pegados en las esquinas, como se anuncian siempre esas cosas.

—¿Por carteles?... ¿Y quién nos los hace?

—Una imprenta cualquiera.

—¿Y quién los encarga? ¿Quién va á recogerlos? ¿Quién los fija?... ¿Quién se pone luego á cobrar, á la puerta?... En fin, ¿quién da la cara para todo lo que sea necesario?...

—Mi patrón, hombre, mi patrón, el señor Manuel, que es pieza de rey para esas cosas... ¿No te acuerdas de cuando enseñaban el gigante portugués en la calle del Paso?... Pues él era también el que cobraba la entrada... El se encargará de todo eso, descuida; y nos lo hará perfectamente.

—¿Y si le preguntan la procedencia del fenómeno?...

—Dirá que le han traído unos franchutes que posan en su casa.

—Y ¿dónde hacemos la exposición? ¿dónde tenemos local aparente?...

—Ya le tengo elegido: un sitio muy á propósito, y de balde. Aquel casón des-

tartalado de la calle de la Rinconada, el antiguo palacio del Conde de Valdemora, donde estuvieron también las fieras de Bernabeau y después el elefante Pizarro... Tiene la casa un corralón inmenso, y á la derecha una cuadra con puertas grandes, todo pintiparado. En el corral, con tablas de la carpintería establecida en el piso bajo del palacio, y en la que mañana por ser domingo no trabajan, preparamos unos asientos para los espectadores, y en la cuadra, enfrente de las puertas, ponemos el monstruo completamente oculto hasta que llegue el caso, es decir, hasta que el corral se llene de gente... Hasta tiene la casa una puerta trasera que da á la Ronda, por donde podemos salir, sin que nadie dé cuenta, una vez hecha la recaudación y exhibido el fenómeno al público... ¿Te animas?

—Lo pones todo tan llano y plano, que casi me vas convenciendo.

—Quita el casi y date por convencido del todo.

—Si sale como tú lo pintas...

—Saldrá perfectamente, á las mil maravillas, no lo dudes... Si te parece, se lo diremos á Pepe Cañizal, y á Luis Barrios, y á Santiago Lomas, y á...

—Bueno: díselo si quieres á Cañizal y á Lomas y á Barrios; pero no se lo digas á mucha gente si no quieres que se trasluzca;

porque ya sabes lo que dice el refrán: «Cállalo, amigo; mejor lo callarás si no te lo digo.»

.....
Cosa de treinta años hará que pasaba esta conversación en una de nuestras ciudades más ilustres, entre Jerónimo Luna y Pedro Requejo, dos estudiantes de Teología, de raídos tricornos, de más raídas sotanas y de manteos aún más raídos con sus jirones correspondientes, señales inequívocas y honrosas de su antigüedad en la carrera.

Convencido Requejo, y aprobado definitivamente en otra junta algo más numerosa el plan de la exposición con todos sus detalles, Jerónimo Luna, que era el iniciador de la idea y autor del proyecto, desfigurando la letra por lo que pudiera suceder, escribió el anuncio: el amo de su posada, el señor Manuel, le llevó á la imprenta, de donde recogió los carteles impresos cuatro horas más tarde, y allá entre gallos y medias noches, el mismo señor Manuel, acompañado de Barrio y de Cañizal, el uno con una escalera de mano y el otro con una cazuela de engrudo, y hurtando las vueltas al sereno, los fué pegando sobre los de la última función teatral celebrada seis meses antes.

A otro día por la mañana las esquinas principales de la población lucían unos

grandes carteles amarillos que en letras de á palmo decían:

«**¡¡¡MONSTRUO NUNCA VISTO!!!**»

Y luego, en otras letras algo más pequeñas, pero muy visibles, lo siguiente:

«Esta tarde á las tres y cuarto, en el corral del Palacio de Valdemora (Rinconada, 7), se exhibirá al público un FENÓMENO MONSTRUOSO, un animal tan raro y tan contrario á todos los demás de su especie, que tiene la cola precisamente donde los otros tienen la cabeza.

»*Entrada general*, dos reales. Los niños á mitad de precio.»

Excusado es decir que los carteles fueron muy leídos y comentados toda la mañana.

En cuanto pasó la hora de comer, y con el bocado en la boca, fué acudiendo gente hacia el lugar de la exhibición. A las dos de la tarde, hora y media antes de la señalada, estaban ya los alrededores del corral llenos de chiquillos y de niñeras; después fueron acudiendo también mozalbetes del Instituto y hasta algunas personas mayores.

—¿Cómo es el monstruo, chacha?—preguntaba un niño á su rolla.

—No lo sé, hijo—le contestaba la muchacha:—allá lo verás.

—Yo he calculao que ha de ser algún zorro marino,—decía con voz ronca un zapatero remendón muy aficionado á la historia natural y al aguardiente.

—Lo que yo siento es que acaso sea algún basilisco ó algún dragón—decía una cocinera vieja,—porque los he visto pintaos y ¡me dan un miedo!...

Por este estilo eran todos los demás comentarios con que el público impaciente entretenía el tiempo que le faltaba para llegar á la anhelada contemplación del fenómeno.

A las tres en punto entreabrió el señor Manuel la puerta del corral, y comenzó á cobrar entradas y á dejar pasar á los que iban pagando...

—Señor Manuel—le decía un granujilla,—me falta el ochavo *pa* el *rial*... ¡Déjeme usted entrar por los ocho cuartos!...

—Vamos, trae y pasa—decía condescendiendo el señor Manuel;—y eso que tú habías de pagar entrada completa, porque no eres ya de la cría de este año...

—¿Qué me cuentas del monstruo, Manolete?—decía familiarmente al cobrador su compinche el conserje de la Escuela de Veterinaria.

—Nada, chico—le contestaba el señor Manuel:—yo no le he visto, de manera que estamos iguales.

—¿Y no has oído siquiera de qué país procede?

—Creo que de... *Asnania*...

—De Armenia querrás decir,—le replicaba el conserje.

—Puede ser que sea de Armenia, no estoy seguro.

—Sí; porque allí en Armenia fué donde paró el Arca de Noé, y deben de haber quedado por allí bichos muy raros...

—Este creo que es rarísimo...

—Sí, según reza el anuncio...

—¿Pero ese niño?—continuaba el cobrador dirigiéndose á una rolla que entraba embracilada con un rapazón que casi podía ser su novio...

—Este niño—contestaba ella,—¿por qué ha de pagar llevándole yo en brazos?...

—Es que le posarás luego,—replicaba el señor Manuel.

—¡Que pague, que pague!—gritaban algunos guasones desde la cola...

Los espectadores que iban entrando, después de un ligero reconocimiento del local, iban tomando asiento en las primeras filas de tablas.

Una colcha de percal azul con flores encarnadas cubría á manera de telón la entrada del establo.

Suponiendo que allí estaría el monstruo ó el fenómeno, los más atrevidos, ó los que

se tenían por más listos, se acercaban disimuladamente y desviaban un poco la colcha. Pero en vano, porque detrás de la colcha estaban las puertas... cerradas.

Cuando concluyó de entrar la gente que había en la calle, el patrón de Jerónimo Luna cerró de golpe la puerta del corral quedándose afuera.

Y como si aquel portazo hubiera sido la señal convenida, se oyeron al momento rechinar las puertas de la cuadra.

Gran expectación: algunos niños, que lloriqueaban impacientes, callaron; el público se quedó como en misa.

Medio minuto después una mano invisible descorrió la cortina, y apareció ante los ojos ávidos de los espectadores el monstruoso animal... que era un borriquillo amarrado al pesebre por el rabo.

Siguieron unos momentos de estupefacción... y de silencio, porque nadie quería ser el primero en confesar el chasco, ni en convencerse de la burla.

Después de unos instantes, un niño se atrevió á decir á su rolla:

—¡Chacha!... ¡Si es un burro!

—¡Calla, tonto! ¿Qué ha de ser un burro?

¿No ves que tiene la cabeza pa atrás?

Las palabras de la inocente criatura fueron para muchos una revelación. Merced á ella iban creyendo lo que antes, aun estándolo viendo con los ojos, no se atrevían á creer ni á sospechar apenas.

Algunos trataron de alborotarse.

Los más discretos, cuando se percataron de que no había por allí nadie á quien pedir cuentas, se fueron escabullendo del corral sin decir nada.

Alguno se aventuró á decir para sosegar á los alborotadores:

—No tenemos derecho para incomodarnos, pues se nos ha cumplido lo anunciado, escrupulosamente: el pollino tiene el rabo en el pesebre, que es donde los demás tienen la cabeza.

Las niñeras, cuando se convencieron de que era un burro, trataban de sacar el partido posible sirviéndose de él para pasear por el corralón á los chiquillos.

Mas cuando se comunicaban la idea unas á otras, llegó un aceitero, que haciéndose de nuevas y mostrándose muy enfadado, dijo:

—¿Quién sería el tuno que se divirtió en atar al revés á este pobre animalejo?

Y montándose en él, se salió del corral sin dar las buenas tardes.

LO HIZO DE GRACIA

Chispo del todo nunca solía estar Lorencín; pero á medios pelos estaba casi siempre.

Advirtiendo que si no llegaba á estar enteramente borracho, no era porque no bebiera todos los días lo suficiente para ponerse hecho una uva, sino porque, según decían sus amigos y compañeros de borrascas, hacía mucho vino.

Es decir, que podía beber mucho sin que apenas se le conociera, y muchísimo sin embriagarse del todo, pues con la cantidad del desequilibrante zumo con que otro cualquiera caía, ó por lo menos daba veinticinco traspies por minuto, él se quedaba como si tal cosa.

Su oficio de herrero... porque han de saber ustedes que Lorencín, ó el *Gato*, como llamaban también á Lorenzo García, era el herrero de Vegamián, para servir á ustedes, y á todo el que llegara á su fragua,

que la tenía al otro lado del río, junto al camino real, entre la ermita de San Antonio y el mesón de Servando...

Su oficio de herrero decía él que pedía mucho vino, porque entre el calor del fogón y el ejercicio de machacar ¡daban una sed!...

Y sed de vino precisamente; pues el agua había él observado que, así como tiene la propiedad de endurecer el hierro, tiene también, por el contrario, la propiedad de ablandar al hombre.

—No es broma—añadía Lorencín, si alguno se reía de su observación,—no creáis que es broma: el agua endurece el hierro y el acero; por eso meto yo todos los días á chapuzar ahí en el río, después de bien caldeadas, las rejas y las herramientas de corte para que cojan temple, y en efecto, salen mucho más duras que antes de calentarlas. Pero esa misma agua del Porma que así endurece los hierros calientes, á los hombres acalorados por el trabajo los hace ablandar de un modo increíble. Lo sé por experiencia: el día que por casualidad bebo yo agua en lugar de vino al comer de mediodía, me ablando como una badana, y á media tarde ya parece que no puedo con el martillo.

Con estas teorías y con la tentadora vecindad de la taberna de Servando, que estaba á quince pasos de la fragua, frente por

frente, no hay que decir si Lorencín empujaría el codo á menudo.

Que iba un vecino á hacer una reja nueva... Pues en concluyéndola había que bautizarla.

Que iba otro á calzar otra ya muy gastada y muy roma... Pues para que asegurara bien la calzadura, después de trabajarla á macho y martillo, era menester, no sólo templarla en el río, sino humedecerla un poco en la taberna.

Que iba otro á rebocar un hacha... Pues para dar suavidad al corte era bueno rociarle con leche de cepas, porque si no, quedaba muy vidrioso y podía saltar al primer hachazo...

Que iba otro á echar el cabestrillo á una guadaña nueva... Pues si no se la cabruñaba con vino no andaría bien nunca.

Que llegaba un arriero asturiano á herrar el rocín... Pues terminada la operación había que mojar las herraduras.

Que pasaba arriba ó abajo un conocido y se paraba á saludar á Lorenzo y trababan conversación... Pues había que mojar las palabras...

Seguramente no había leído Lorencín aquellos versos de otro aficionado al vino, que dicen:

Si bene commemini, sunt quinque causæ bibendi:

Hospitis adventus, sitis presens, atque futura,
Et vini bonitas, et quaelibet alia causa (1).

Pero aunque no conociera estos versos, practicaba escrupulosamente la doctrina en ellos contenida, porque en cualquier cosa encontraba ocasión ó motivo para ir á la taberna.

Como estaba allí tan á mano...

Esta vecindad de la taberna tenía un valor tan grande á los ojos de Lorencín, que no cambiaba él la fragua de Vegamián por ninguna otra, aunque se la dieran de balde y con dinero encima.

Ya se le habían hecho proposiciones de traslado á otros pueblos mejorándole la contrata; pero Lorencín las había rechazado todas como tentaciones del enemigo, porque no creía posible encontrar otra fragua mejor situada; pues las que él había visto, verdad era que todas tenían cerca el agua para hacer los temples con comodidad; pero ninguna tenía tan cerca el vino.

Yendo yo una vez para León, cuando era estudiante, iba oyendo choclear una herra-

(1) Si bien lo recuerdo, son cinco las causas que hay para beber: la llegada de un huésped, la sed presente, la sed futura, la bondad del vino y cualquier otra causa.

dura del caballo, y me acerqué á la fragua de Lorencín para que se la clavase. Y como durante la operación sacara él su conversación favorita de lo cerca que estaba la taberna de Servando, le recité la famosa rondilla de Baltasar de Alcázar:

«Por cierto que es rica mina
La taberna de Alcocer.
¡Grande consuelo es tener
La taberna por vecina!»

—Eso he dicho yo siempre, señorito— exclamó Lorencín entusiasmado, dejando caer el pujavante;—esa ha sido siempre la mía, por más que no había oído nunca ese cantar tan gracioso, que no quiero que se me olvide...

Y diciendo esto, entró corriendo en la fragua, se dirigió al extremo de la derecha, donde había una tabla que á modo de andana de alacena pendía horizontalmente de dos charranchas clavadas á un tirante; trajo de allí un libro con forro de pellejo sin curtir y un tintero de cuerno; y desatornillando éste y sacando de la puntiaguda tapa una pluma de pavo, hincó una rodilla en el suelo y dió manos á escribir sobre la otra.

—¿Qué va usted á hacer?—le pregunté yo, algo contrariado por el retardo que iba á sufrir la operación de clavar la herradura.

—A sentar aquí la cuarteta—me contes-

tó,—si usted me hace la gracia de repetirla.

—¿Quiere usted que se la escriba yo?—
le dije.

—Si usted se quiere tomar esa molestia, es mejor—repuso,—y yo seguiré herrando.

—Sí, mejor es,—le dije cogiéndole los chismes de escribir.

Y mientras él clavaba la herradura, le copié la redondilla de Alcázar en el libro de cuentas á lo bajero de una llana que empezaba con estos apuntes:

«Débeme Juan el Cuco tres ochavos, de tres alañas que le puse á una madreña.»

«Item Quica la Remellona, dos cuartos de un arquillo.»

«Pagóme Agapito el Cojo la mitad de la azuela que le hice el año pasado.»

«Me debe Agustinín dos reales de calzar una azadilla, poniendo yo el hierro...»

Lorencín aprendió luego la redondilla de memoria y se pasaba el día canturreándola al compás del martillo, ó con acompañamiento del triquitraque del fuelle.

Mas para eso la reformó primero acomodándola á las circunstancias.

Porque Servando el mesonero de Vega-mián, no se llamaba de apellido Alcocer, sino Muñiz, y, por consiguiente, no era propio llamar *taberna de Alcocer* á su establecimiento; pero era asturiano del concejo

de Aller, y esto dió pie al herrero para re-fundir la redondilla en esta forma:

Por cierto que es rica mina
La taberna del de Aller.
¡Grande consuelo es tener
La taberna por vecina!

Los lunes por la mañana solía tener Lorencín más trabajo que de ordinario, porque pasaban los arrieros asturianos para el mercado de Boñar y casi siempre le mandaban echar herraduras.

Una mañana llegaba á la puerta de la fragua Juanón el de Caleao con un rocín cargado de cerezas, y le decía:

—¡Gatu! ¡*Pués* (1) ferrar?

—Pregunta si quiero, *Xuanón*—contestaba Lorencín;—porque si puedo y no quiero, ¿qué adelantas, burro?

—Querer, *selu* (2) yo que quieres siempre servir á los amigos—decía el asturiano.—
¡Estaría *gienu* que non quisieres! *Pes* (3) si non fierras á *Xuanón*, ¿á quién vas á ferrar, hom?

—Al rocín, majadero, al rocín,—contestaba el Gato, que siempre estaba de buen humor y con gana de broma.

(1) Puedes.

(2) Lo sé.

(3) Pues.

Mientras Lorencín conservó con la afición al vino la afición al trabajo, las cosas no iban del todo mal, porque, como herrero, era Lorencín un gran herrero, de mucha disposición y de mucho aguante, y ganaba para todo: para pagar puntualmente los cuartillos y las *medias* á Servando, y para que su mujer y sus hijos (porque Lorencín estaba casado como Dios manda) no carecieran de cosa alguna.

Pero andando el tiempo, quiso el diablo, Dios nos libre de él, que con la afición al vino se le complicara á Lorencín la afición al juego; y entonces, en lugar de ir de vez en cuando á la taberna, espetarse su cuartillo y volverse á machacar, dió en pasarse en ella, jugando á la brisca, la mayor parte del tiempo que debía pasar trabajando en la fragua.

Por aquello de que Dios los cría y ellos se juntan, hizose muy amigo de un rabadán de merinas de la Condesa de Frañana, llamado Santiagón, borrasquero perpetuo y taberneador impenitente, que apenas asomaba á la majada en todo el verano.

En sentándose Lorencín y Santiagón á jugar á la brisca mano á mano y á beber jarras, ya no se sabía cuándo se habían de levantar... Primero jugaban un cuartillo, después media, después una azumbre, des-

pués las cabras... en fin, que aquello era la vida perdurable.

Había semana de la que pasaban los seis días sin que la fragua se abriera tres veces.

Y, es claro: como dice un refrán, molino parado no gana maquila; y según dice otro, donde se quita y no se pon, presto se llega al hondón; y como Lorencín estaba todo el día parado, no ganaba jornal; y como no ganaba y gastaba, llegó pronto al hondón de sus ahorros, y aun más abajo, á las deudas...

Cuando mandaba á Servando sacar vino, solía el mesonero hacerle esta advertencia:

—Débesme lo de ayer, Lorencico.

—Apunta,—contestaba el herrero.

Al día siguiente, cuando volvía éste á pedir vino, volvía á advertirle Servando:

—Débesme lo de ayer y lo de antes de ayer...

—Apunta,—volvía á contestar Lorenzo inalterable.

Y con el apunta... y apunta, Lorencín mandando apuntar y el mesonero obedeciendo, llegó á haber en el libro de caja del mesón, á cargo y bajo el nombre del herrero, una letanía de cuartillos y medias azumbres, más larga que la de Nuestra Señora.

No se le hacía ya todo bueno á Servando, y una tarde en que Lorencín, que jugaba á la brisca con un aceitero, pidió por su cuen-

ta una azumbre, le llamó aparte por no meterle en vergüenza, y le dijo:

—Mira, Lorenzo: por ésta pase, porque está armada, y no quiero que quedés mal; pero desde mañana, si no vas pagándome algo de lo atrasado, no te vuelvo á dar gota. Ya lo sabes.

—¿Tienes miedo á perderlo, sarnosuco? —le contestó Lorencín con mucho pescuezo, y haciéndose el enfadado por la advertencia.—Pues has de saberte que sólo en herramientas del oficio, sin contar otras cosas y sin contar lo que me deben á mí, tengo yo para responder de mucho más que del valor del vino, de la taberna y del tabernero, fuera el alma.

Servando se achicó un poco ante la arrogancia del herrero, le dió lo que pedía, y no volvió á inquietarle lo menos en un par de semanas.

Pero luego, ya porque temiera para sí un mal resultado, ya porque le diera lástima de la mujer de Lorencín, la cual por bajo de cuerda le suplicaba todos los días que no diera vino fiado á su marido, lo cierto es que el mesonero volvió á cuadrarse.

—No te doy ni otro cuartillo fiado, Lorenzo, mientras no me pagues lo de atrás, aunque me lo pidas de rodillas,—le dijo un día muy formalmente.

Lorencín quiso otra vez hacerse el enfa-

dado ante la nueva intimación; pero esta treta ya no surtió efecto, porque Servando se mantuvo firme.

El herrero entonces se volvió á buenas con el tabernero, y le dijo:

—Escucha, Servando: yo conozco que por un lado tienes razón, porque te voy ya debiendo demasiado y de muy atrás, y, como suelen decir, cuentas largas, barajas nuevas... Pero si ahora no te pago porque no tengo dinero, bien sabes que tengo habilidad para ganarlo... y por otro aquél, voluntad de pagar tampoco me falta, y no de todos los deudores podrás decir lo mismo... ¿no es esto?... Y... quiere decirse que, si Dios me da salud, en cuanto pase el verano y se marchen las merinas y dejen de venir por aquí Santiagón y otros que me suelen entretener, me pondré á trabajar con codicia, empezará á llover en mi casa dinero como agua, y te lo pagaré todo cuarto sobre cuarto... ¿qué más quieres?...

—La verdad es—le contestó Servando, que era un bobalías y se dejó ablandar por la arenga,—la verdad es que no dejás de ponerte en razón, Lorenzo, y yo tampoco me aparto de lo justo ni quiero ser tirano... y casi no se le puede pedir más á un hombre...

—Pues más quiero yo hacer, aunque no me lo pidas—le interrumpió Lorenzo:—quiero que ajustemos la cuenta, porque

33937

como suele decirse, cuenta ajustada es media paga. ¿Que resulta que te debo tanto ó cuanto?... Pues te hago un papel quedando por ello, porque somos mortales, y...

—Bueno — dijo Servando: — vamos á ajustar la cuenta.

Y trayendo su libro de apuntes, le abrió por donde tenía de registro el forro de un librito de fumar, de la pantera, donde, bajo el epigrafe de *el erero*, comenzaba la lista de las medidas de vino consumidas por Lorencín, y dieron entre los dos principio al recuento.

Cuartillo aquí, azumbre allá, media más adelante, resultaron de la suma de las cinco llanas del libro que ocupaba ya la cuenta de Lorencín, treinta y cuatro azumbres y tres cuartillos, que, al precio de seis cuartos el cuartillo ó veinticuatro la azumbre, daban un total importe de *noventa y ocho reales y cuatro maravedises*, salvo error de pluma ó suma.

—Pues mira, para no andar con picos— dijo Lorencín al enterarse del resultado,— saca otros tres cuartillos por esos diez y seis cuartos que faltan para los cien reales, nos los bebemos en amor y compañía, y te deberé cinco duros redondos.

Hízose como lo propuso Lorencín, y cuando acabaron de beber el vino, dijo Servando:

—Ahora, si te parece, haremos el documento.

—Sí, hombre—le contestó Lorencín:— nada más justo... Hazle tú á tu placer, aunque sea ahí en el mismo libro, yo te le firmo inmediatamente, y... en paz.

—Tanto como en paz...—replicó tímidamente Servando...

—Bueno, hombre, ya se entiende—repuso el herrero:—en paz y debiéndote cinco duros.

Con lo cual, tranquilizado el mesonero, escribió su recibo en esta forma:

«De claro yolo renzo Garcia deo ficio ere Roque soi endeber á micon vecino Servando Muñiz lacan tidad de cien riales de Bellon devino con sumido en su estableci miento la misma que meo bligo á pagar lepa el día de San Miguel de setiembre deste año y pa raque coste lofirmo en Veja mia nacincinco dea Gosto de 1864.»

Cuando el mesonero acabó de escribir, alargó el libro y la pluma al herrero para que firmara. Lorencín puso allí una cosa que parecía su nombre y apellido, terminando con un garabato caprichoso, y volvió el libro á Servando, que le cerró y le guardó muy satisfecho.

Pasó el día de San Miguel de Septiembre,

y pasaron otros muchos días y otros muchos meses y hasta algún año, sin que Lorencín se acordara de pagar á Servando los cien reales ni éste se atreviera á pedirselos.

Lo que hacía Lorencín, eso sí, era pagar al corriente el vino que iba consumiendo después del ajuste de cuenta, con lo cual se daba Servando por contento, creyendo que lo de atrás lo tenía seguro.

Mas sucedió por entonces que un vecino ligero de cascos, por no sé qué cuestión que tuvo con el concejo, determinó vengarse; y sacando matrícula para vender vino al por menor, puso otra taberna en una chabola de tablas al lado del mesón del pueblo, que era el que tenía arrendado Servando. Así la renta que el concejo cobraba disminuiría ó llegaría á desaparecer del todo.

A fin de hacer parroquia, comenzó el tabernero nuevo por traer mejor vino que el otro y ponerlo un cuarto más barato; y como Lorencín fué el primero que se enteró de ambas circunstancias, fué naturalmente su primer parroquiano.

Y no fué esto lo peor, sino que no contento Lorencín con desertarse él del antiguo establecimiento, hacía propaganda en favor de la taberna nueva recomendándola á sus amigos y á cualquier pasajero que para herrar ó con cualquier otro motivo se acercaba á la fragua.

Ya sospechaba el mesonero, al notar la disminución de su clientela, que andaría en ello Lorencín; pero un día le cogió *in fraganti* ladeando á unos arrieros del mesón y embocándolos en la chabola.

Servando no se pudo contener y rompió el fuego con estas palabras:

—¿Sabes lo que te digo, Lorencín?... ¿tienes muy poca vergüenza.

—¡Quién habló, que la casa honró!—le replicó Lorencín riéndose.—Si tengo poca, menos mal; porque hay quien no tiene ninguna.

—¡Mejor te fuera pagarme lo que me debes!—añadió el mesonero lleno de ira.

—A quien nada se le debe, con nada se le paga,—contestó el Gato.

—¿Cómo que no me debes nada?—replicó el mesonero furioso.

—Como que nada te debo, ya lo he dicho.

—¿Pero tendrás valor para negar que me debes cien reales?

—Valor se necesita para decirlo, no debiéndote ni un ochavo partido por el medio.

—¡Bueno! Ya me lo dirás en el Juzgado.

—Cuando quieras... Si no sabes allá, te enseñaré el camino...

Y el mesonero, dando por acabada la disputa, que consideró inútil, vista la arrogancia de Lorencín, se fué inmediatamente á casa del secretario del Ayuntamiento, que

lo era también del Juzgado de Paz, y que si en la primera secretaria era él en realidad el alcalde y toda la corporación, era en la segunda el verdadero juez que hacía y deshacía á su antojo.

En cuanto Servando le refirió la existencia de la deuda, la sublevación del deudor y el propósito de poner el asunto en demanda, preguntó el secretario:

—Pero ¿tienes recibo?

—Sí, señor: en el mismo libro de caja mío—le contestó el mesonero,—tiene confesada la deuda con su firma debajo.

—Pues entonces demándale cuando quieras, que no la mea en dulce.

Todavía, después que se le pasó la furia, volvió Servando á brindar con la paz al herrero.

—Mira, Lorenzo—le dijo:—págame buenamente los cinco duros y no des lugar á la demanda... Ya ves que al pájaro que le dicen ox, no le quieren matar, y yo tampoco quiero hacerte costas...

—Ya te he dicho que no te debo nada,—le contestó Lorenzo desaboridamente, con lo cual no tuvo Servando más remedio que entablar el juicio.

Cinco ó seis días después se hallaban los dos, Servando y Lorencín, ante el juez de

Paz, que era un labrador, muy hombre de bien, y ante Luquillas, el secretario, que, con el pliego de papel sellado extendido sobre la mesa y con la pluma en la mano, ya mojada y todo, les amenazaba impaciente con empezar á escribir la comparencia.

—Mirad si os arregláis antes de que yo sienta la pluma—les decía,—porque si mancho el papel, la cosa ya no tiene buena compostura...

—Yo, si me paga...—decía Servando,—ó por lo menos vuelve á confesar aquí delante del señor juez la deuda y señala plazo no muy largo para pagarla, no tengo inconveniente en avenirme.

—Yo, si él confiesa—decía Lorencín—que no le debo nada y se compromete aquí ante el señor juez á no volver á pedírmelo, tampoco tengo inconveniente en que nos arreglemos...

—«En el lugar de Vegamián...»—decía el secretario haciendo además de escribir lo que iba diciendo...

—Espera á ver, Lucas, espera—le decía el juez mirando compasivamente á los dos litigantes:—voy á darles yo el último tiento, porque es una lástima... ¿No veis—añadía dirigiéndose á ellos,—que uno ú otro tenéis que estar equivocado, y que uno ú otro, por consiguiente, tenéis que perder?... Pues recapacitad allá para entre vos-

otros y á ver si cedéis un poco cada uno y... Vamos, ¿qué decís?

—Yo ya le digo á usted que puedo esperar tanto ó cuanto—dijo el tabernero;—pero perder, no quisiera perder nada de lo que me debe, porque me cuesta á mí muy caro el vino para que me lo beban de balde.

—¡Psche!—dijo Luquillas, el secretario.—Hazte cuenta que en un mes no le echaste agua...

—No se la echo nunca,—replicó Servando muy serio.

—Bueno, bueno: dejaos de bromas—dijo el juez, y añadió dirigiéndose á Lorencín:—Tú ¿qué dices?

—Pues yo, señor juez, lo que dije antes: que dé su palabra de dejarme en paz, ó que se le imponga perpetuo silencio...

—Vaya: escribe, escribe,—dijo el juez mirando á Luquillas, y éste comenzó á encabezar el juicio de esta manera:

«En el lugar de Vegamián, á diez y ocho de Marzo de mil ochocientos sesenta y siete, ante el señor juez de paz de este Ayuntamiento, don José Díez, y de mí el infrascrito secretario, comparecen para celebrar juicio verbal de una parte, como demandante, Servando Muñiz, de esta vecindad, casado, mayor de edad, de oficio mesonero, con su cédula... y de la otra como demandado Lo-

renzo García, también mayor de edad... etc.»

Cuando estuvo extendido el encabezamiento y el juez mandó á las partes alegar lo que tuvieran por conveniente, Servando puso su libro sobre la mesa abierto por donde estaba el ajuste de cuenta con el herrero y dijo:

—Ahí está bien patente la deuda confesada por el demandado con su firma...

—¿Qué dices á esto, Lorencín?—preguntó el juez á éste en tono compasivo, como doliéndose de que hubiera dado lugar al juicio sin tener razón alguna para excusar el pago.

—Que no debo nada al demandante, señor juez—contestó resueltamente el herrero;—porque si bien es verdad que tuve con él alguna cuenta de vino, también lo es que después de ajustarla me perdonó la cantidad que resultaba contra mí, por mis buenos servicios de llevarle arrieros y otros caminantes á su establecimiento y enzarzarles á jugar... y uno y otro. Es verdad que ajustamos la cuenta y que resulté debiéndole un pico; pero me dijo que me lo hacía de gracia porque continuara favoreciéndole con mi mucha conciencia, y así se hizo constar en el libro de apuntes, donde no será verdad que esté mi firma reconociendo la deuda...

Extrañeza en el tribunal...

—No—continuó Lorencín:—no dirá ahí Lorenzo García, que es como yo me llamo y acostumbro á firmar; lo que dirá es que lo hizo de gracia el demandante, el dinero que resultaba debiéndole, que eso es lo que yo puse porque así era verdad y él mismo me mandó que lo pusiera...

El juez, el secretario y el demandante se precipitaron á un tiempo sobre el libro, y... efectivamente, lo que habían creído firma de Lorencín no era tal firma; donde Servando había creído leer Lorenzo García, no se leía tal cosa; lo que se leía era:

Lo izo de Gracia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

LA LEY PERRUNA
1625 MONTERREY, MEXICO

Estaba oscureciendo cuando entró el secretario de Villaopresa, Silvestre Pardal, en el establo de Pedro Berrugas, que andaba echando de cenar á las vacas.

—Buenas tardes,—dijo el secretario.

—Santas y buenas,—le contestó Pedro, sacudiéndose las aristas que se le habían pegado á la delantera de los pantalones.

—Ya sabrás á qué vengo...

—Saber no lo sé, pero quiere decirse que me lo imagino: siempre será por mor de los votos ó los demóginos...

—Por eso mismo... Ya sabes que vienen ahí las elecciones, y... bueno, el triunfo del nuestro candidato es seguro, porque es el candidato del Gobierno y está encasillado, y quiere decirse que aunque todos votárais en contra, no dejaría de salir por eso; pero yo tengo interés en que aquí salga con mucha mayoría de verdad, y cuento contigo...